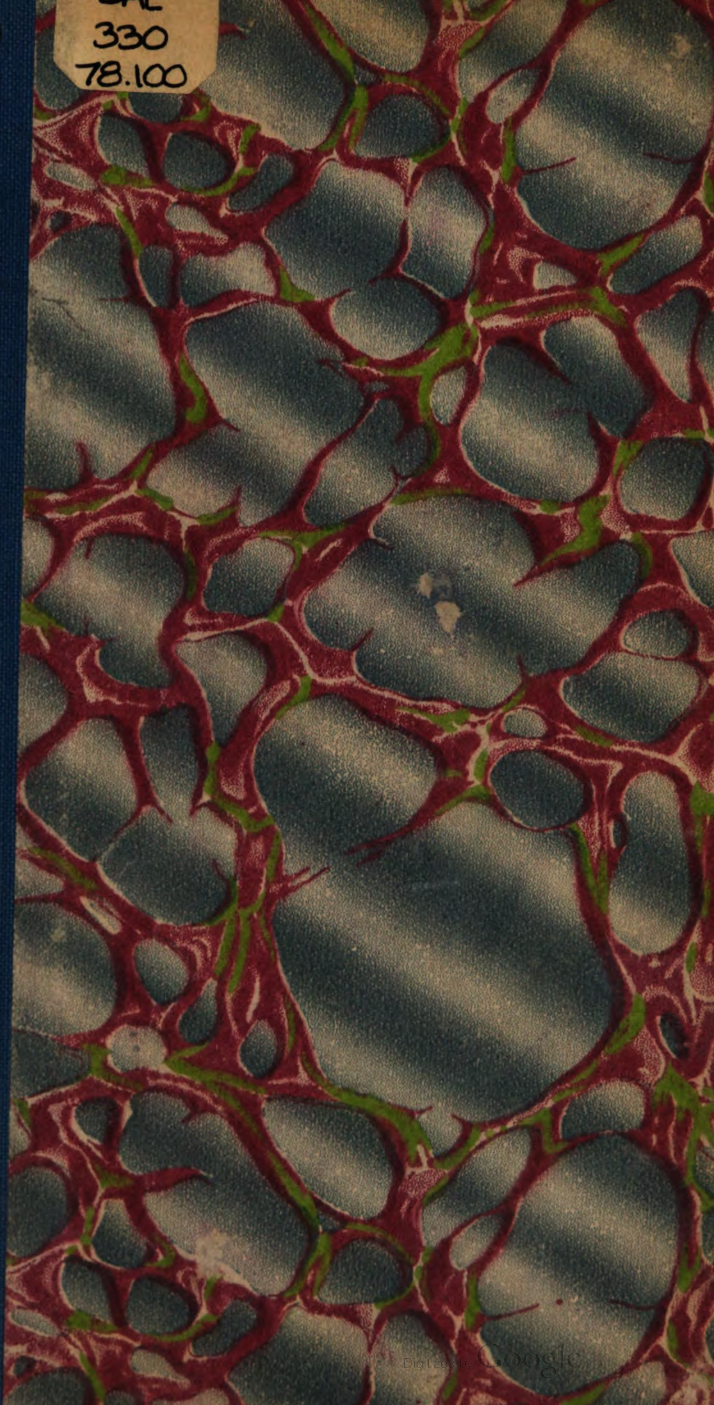
Horta y Fernández - Carolina - 1839



CAROLINA,

LA DICHA INESPERADA.

PIEZA EN UN ACTO

COMPUESTA EN VERSO Y PROSA

POR

Doña Juana de Horta y Fernandez.



HABANA.

Imprenta de BOLOÑA, calle de Villegas número 95.

1839.

El dia 9 de ...
...

AL

BELLO SEXO HABANERO.

¿A quién mejor dedicar esta mi primera composicion dramática, fruto de mi escaso talento, que á mis amadas compatriotas, á quienes les pertenece de justicia? Sí, á vosotras debo consagrarla, esperando que la admitais con benignidad, pues de este modo quedarán cumplidos los mas vehementes deseos de

Juana de Orta y Fernandez.

Carolina federico mad... Martin, Celia.

PERSONAGES.	ACTORES.
CAROLINA, jóven huérfana.	—*Doña Vicenta Lapuerta.*
FEDERICO, hijo de........	—*D. F. Javier Armenta.*
MADAMA DE OLFAR, viuda.	—*Doña Carlota Lopez.*
MARTIN, criado de esta....	—*D. Francisco Covarrubias.*
CELIA, criada estraña.....	—*Doña Maria Cañete.*

La escena se figura en las cercanias de Paris.

Esta pieza representada por primera vez en el gran teatro de Tacon la noche del 21 de Enero de 1839, es propiedad del editor.

ACTO ÚNICO.

Vista de una quinta con casa practicable, la que tendrá dos puertas: una que comunica con el interior, y otra que da á la quinta: es de dia.—CAROLINA aparece con un niño de tres meses en los brazos.

ESCENA I.

CAROLINA *con abatimiento.*

Mísera es la suerte mia,
Y mísera mi existencia,
Porque perdí la inocencia
Y con ella mi alegria.
El sello de maldicion
Está grabado en mi frente,
Y cruel desesperacion
Hoy minando está mi mente.
¿Por qué tan triste nací?
¿Para morir de dolor,
Nunca gozar el amor,
Y llorar siempre? ¡Ay de mí!
¡Si la muerte me librára
De un existir tan odioso,
Su aspecto me fuera hermoso
Y en sus brazos me arrojára!

¡Oh cuánto tarda este dia!
¡Si fuera en este momento!
Feneciera mi tormento,
Y en la tumba dormiria!

(Mirando al niño.)

¡Sí murieras, hijo mio,
De esta infelice á la par,
Se endulzára mi penar
Y aqueste dolor impio!
Entonces á Jeova vieras
Despidiendo resplandor,—
Verias al Redentor,
Y mas venturoso fueras.
En el coro celestial
Vieras los ángeles bellos,
Lanzando puros destellos
De aquella luz eternal.
De la Vírgen la hermosura
Te llenára de placer,
Por siempre logrando ver
Su faz candorosa y pura.

(Se retira á un estremo de la escena, se sienta y quédase pensativa.)

ESCENA II.

Carolina y Madama de Olfar.

MADAMA *sin verla.*

¡Cuándo llegará mi hijo de Paris! Antes de ayer me notició que hoy venía: tal vez lo detendrá un amor indigno de él; pero no, Federico no merece

esta sospecha: él no puede dar un pesar tan grande á su madre. ¡Quiera el cielo concederle una esposa tan virtuosa, cual se la desea mi corazon! Yo no ambiciono que sea rica ó noble, sino que su alma esté vestida con el precioso esmalte de la religion y de la virtud, que son las que pueden hacer la verdadera felicidad del hombre, la de mi hijo.— ¡Cuánta sería mi complacencia si lo viera unido á una muger que poseyera ambas dotes, antes de que entregára mi espíritu al Criador! ¡La Vírgen me lo conceda. *(Reparando á Carolina.)* Mas... ¡qué veo! ¡Carolina! ¡Qué pensativa está! Algun pesar secreto le atormenta: haré me descubra la causa de su contínua tristeza: hoy hace ocho dias que vino á esta quinta solicitando la admitiese por criada; pero no he querido abusar de su estado, y la tengo recogida como una amiga. Todavia no me ha visto.—¡Carolina! ¡Carolina!—*(Llamándola.)*

CAROLINA.

Ah, señora! Perdonad: no os habia visto.

MADAMA.

No os turbeis; pues si he interrumpido vuestra tranquilidad, ha sido con el solo objeto de preguntaros de qué nace esa profunda melancolía en que os veo sumida. ¿Quereis acaso dejarme?—Decidmelo: no os de pena por eso.

CAROLINA.

¡Oh bien-hechora mia! Despedazais mi pecho con semejante temor. ¿Me creeis tan ingrata, señora, que haya olvidado todo el bien que habeis hecho por mí, y las obligaciones que vuestros beneficios me impo-

nen? Ah! no lo penseis jamas; os lo ruego por lo que mas quereis, por vuestro hijo.....

MADAMA.

No prosigais: dispensadme si he podido ofenderos, amiga mia; yo os quiero tanto, que á la verdad, hubiera sentido vuestra partida; mas perdonad que os diga que no pagais mi amistad ni mi cariño: no, no los pagais.

CAROLINA.

Decidme: ¿en qué puedo mostraros mi reconocimiento?

MADAMA.

En los pocos dias que hace estais aquí, he querido saber la causa de vuestra tristeza; pero vos me la habeis siempre ocultado. ¿Me creeis indigna de saberla y de vuestra confianza? Al enterarme de ella, mi idea no es otra que la de prestaros alivio, y al mismo tiempo proporcionaros dias mas felices y sosegados, pues mi deber es este, y me es muy grato cumplirlo.

CAROLINA.

¡Con qué pagaré tan grandes é inmensos beneficios!

MADAMA.

La única recompensa que os exijo y espero, es que me ameis como vuestra mejor amiga.—Nada mas.

CAROLINA.

¡Oh modelo de virtud! ¡Cuán digna sois de que os bendigan todos!

MADAMA.

No me ensalceis tanto, Carolina, pues todos los humanos estamos obligados á socorrer nuestros semejantes cuando nos piden aliviemos sus miserias y necesidades.

CAROLINA.

Lo sé, señora; pero no todos cumplen con tan sagrado deber, porque el corazon del hombre lo ambiciona todo para sí, y no cuida del resto de aquellos que nacieron ó se ven sumergidos en la miseria; asi ademas de ese deber, vos teneis por natural inspiracion la propension de hacer el bien, por lo cual el Señor llevará vuestra alma á su alcázar luminoso.

MADAMA.

Sí; pero á Dios es á quien mas debemos todo lo bueno que existe en la tierra; mas dejemos esto y decidme vuestra historia.

CAROLINA.

Escuchadla, ya que tanto la demandais.—*(Se sientan.)*—Mi patria es Paris, mis padres eran pobres y honrados: á los seis años de su union conyugal nací yo, costándole á mi madre la vida mi nacimiento. *(Aparte.)*—Oh! quién muerto hubiera tras ella.—Mucho fué el sentimiento de mi padre, segun él me contó, viéndola caer en el sepulcro èn la flor de su edad; mas al fin se mitigó su dolor, considerando tenia una hija y que debia vivir para ella, siéndola su mas firme apoyo sobre la tierra, el fanal que debiera iluminar su inocencia: con efecto, él me educó inspirandome las máximas de la

virtud. Tenia yo catorce años cuando me dejó para ir á morar la mansion de los justos: quedé huérfana á esa edad, y el único tesoro que me legó, fué una conducta irreprensible. Viendome sola, sin tener á quien volver los ojos, busqué una colocacion de criada, y fuí á la casa de una señora anciana: habíanse pasado dos años en esta situacion, cuando llegó, para mi desdicha, un jóven á la casa donde servia: yo noté que mientras hablaba con la ama me miraba con interes: un dia que estaba bordando sentí un ruido hácia la puerta del gabinete donde estaba. ¡Cuánta fué mi sorpresa al mirar un billete á mis pies! Lo levanté por una curiosidad, no presumiendo lo que contenia, leyéndolo en seguida. ¡Bien amarga me fué su lectura!....

MADAMA.

Proseguid, amiga mia, proseguid.

CAROLINA.

Aquel billete era del mismo jóven, quien me decia en él, que me adoraba desde el feliz momento que me vió: rompilo, no pensando contestar á un hombre que me era desconocido y que podia hacerme infeliz, viendome huérfana y desamparada; asi, evitaba cuanto me era posible su presencia; con todo señora, una mañana que me quedé sola, entretenida en los que-haceres domésticos, lo ví entrar y postrarse á mis piés: iba á dejar aquel sitio, cuando me detuvo por el vestido, le eché en cara su atrevimiento y osadía, mas no por eso se contuvo ni dejó su puesto: entonces le rogué anegada en lágrimas que mirase por mi honor que intentaba man-

cillar: todo fué en vano, pues me desmayé, y cuando volví en mi acuerdo ya habia desaparecido. Conociendo mi afrentoso estado y al mismo tiempo que no podia hacer valer mi derecho, siendo yo una infeliz huérfana sin protector alguno en la sociedad, salí de la casa para no hacer pública mi deshonra y fuí á la de una antigua amiga donde ofrecí al mundo el fruto de mi desgracia: no queriendo ser á esta mas gravosa, me ausenté de ella al cumplir mi hijo los tres meses: supe que no teniais mas de un criado, y creyendo necesitábais de otro vine á esta quinta en la que el cielo me destinó en vos una madre.—*(Llora.)*

MADAMA.

¡Desdichada Carolina! ¡Qué suerte tan adversa os ha cabido! Consolaos y contad siempre con mi amistad y ternura: algun dia pueda que ese malvado jóven se arrepienta, conociendo el mal que os ha ocasionado su impura pasion: confiad en Dios Todo Poderoso que no deja la maldad sin castigo, ni la virtud sin recompensa. Sí, Carolina, Dios es justo y benéfico y os sacará del oprobio é infelicidad en que la perversidad os ha puesto, pues él no es cruel como lo pintan los hombres; no, los crueles son ellos. Dadle gracias por que os libró de la corrupcion del mundo, y ved en mí, como antes habeis dicho, una madre solícita de vuestra tranquilidad y ventura.—*(Madama se levanta.)*

Dadme vuestro niño amado:
Consolaos, tierna amiga.

(Se lleva el niño.)

CAROLINA *levantada, mientras marcha.*

El justo Dios te bendiga,
Pues que endulzaste mi estado.

ESCENA III.

CAROLINA *con la mayor tristeza.*

En hora fatal
Yo triste nací,
Por eso lamento
Mi estrella infeliz.
¡Oh quién muerto hubiera
En cuna infantil,
Inocente y pura
Cual blanco jazmin!
Y no que hoy deploro
Mi edad juvenil,
Marchita cual rosa
Del noto al mugir.
Entonces del cielo,
Como querubin,
El coro habitára
Que esmalta el zafir.
Mas, ¡ay! quiso el hado
Que de mi existir
Las horas pasára
Llorando sin fin.
A triste desierto
Quisiérame ir,
Y presto la muerte
Sentiria venir.

Que en el mundo impio
No puedo vivir
Dó el crímen triunfando
Nos hace sufrir.
¡Piedad, Dios Eterno!
¡Piedad para mí!
Y no me condenes
A siempre gemir.
Muévate mi llanto,
¡Ay! muévate, sí;
Y bendice ¡oh Padre!
A un ser infeliz.

¡Miserable situacion! Condenada á vivir de la agena caridad, ¿podré ser dichosa? ¡Jamas! ¡Hombre malvado, vé aquí tu víctima! ¡vé aquí tu obra, cruel! ¿Por qué mejor no atravesastes mi pecho con un agudo puñal, que haberme condenado á esta situacion tan amarga, tan odiosa? ¿Por qué antes, ¡cielo! no bajé con mis padres á la estancia de la muerte? ¡Pero á qué son estas quejas inútiles! ¿No me he hallado un seguro asilo al lado de mi bienhechora? pues no irritemos la bondad divina.

ESCENA IV.

Carolina y Martin.

MARTIN.

Señorita.

CAROLINA.

¿Qué quieres, Martin?

MARTIN.

Os llama la señora.

CAROLINA.

¿Ha llegado acaso su hijo?

MARTIN.

No, señorita; pero está al llegar.

CAROLINA.

Voy, Martin.—*Vase.*

MARTIN.

Dios la acompañe. ¡Qué amable!—*Aparte.*

ESCENA V.

MARTIN.

¡No he visto una señora mejor que mi ama! ¡Es sin igual! Miren ustedes, apenas hace ocho dias recogió á esta señorita y á su hijito, que ya los quiere como si fueran algo suyo: con todos los desvalidos es lo mismo. ¡Tan generosa! Me acuerdo que estando yo á la muerte, y sin tener ni un pedazo de pan que llevarme á la boca, pues mi antiguo amo me habia despedido, porque decia que le iba á infestar con mi enfermedad: habiéndolo ella sabido, no sé por donde, fué á buscarme y me trajo á su casa, y no tan solo me curó, sino que despues me hizo su criado. Cada vez que recuerdo esta noble accion, quisiera ser un rey, no por gobernar á los hombres, sino para mostrarle á ella mi reconocimiento.—*Vase.*

ESCENA VI.

MADAMA DE OLFAR.

¡Infelice Carolina!
¡Cuán desdichada nació!—
Para aliviar sus pesares
El cielo me destinó.
Con la mas grande violencia
Un malvado la ultrajó,
Y en su pecho candoroso
El germen del mal dejó.
Desde entonces ¡justo cielo!
Llantos, angustias, dolores,
La ligan á sus rigores
En este maldito suelo.
¡Desventurada muger!
Gimiendo en tu edad lozana
Maldices la suerte insana
Que te hace padecer.
Un hijo me has dado
¡Oh Dios de bondad!
A la virtud siempre
Vos le encaminad.
Nunca me deshonre,
No abrigue maldad
En su corazon
Lleno de piedad.
A jóven doncella
No engañe jamas,—

Sé siempre su guia
¡Oh Dios de bondad!—*Vase.*

ESCENA VII.

MARTIN.

Ya es bien tarde y Celia no parece. Esta es otra alma de Dios! Me quiere tanto, tanto.... pero como, es un delirio; y yo, consideren ustedes si la querré siendo mi corazon tan tiernecito como el de una tortolita. Estoy deseando llegue el dia de mi casamiento. ¡Oh qué dia tan dichoso para mí! Mi señora se alegrará mucho cuando llegue este dia; pues ella quiere bastante á mi Celia; mas aquí viene mi querida Celia.

ESCENA VIII.

Martin y Celia.

MARTIN.

Pensaba que no venias
Del diluvio palomita.
¡Ay! que triste me tenias
Sin mirarte esa boquita.
¿Gozas de salud, querida?
Respondeme, perla hermosa.

CELIA.

Tan fresca como la rosa,
Martinito de mi vida.
A tu vista me recreo,
Pues acrecentas mi amor;

¡Zalamero! ¡Adulador!
¿Estás bueno cual deseo?

MARTIN.

Lo que es salud no me falta;
Pero estas carnes que tengo
Son las que crueles me matan;
¡Será posible que nunca
Consiga yo gordo estar!
Pues.... gordo de reventar.

CELIA.

Martin, no seas ambicioso:
¿Qué mas puedes desear,
Que salud, á quien amar
Y ser rozagante mozo?

MARTIN.

Dices bien, Celia: nada tengo que desear en el mundo, porque la barriga llena, dinero que gastar, y sobre todo una preciosa muchacha con sus ojos de estrellas, que me quiera mucho, no me faltan. Mas volviendo á otra cosa, dime si tu señora que es tambien una buena ama, goza de salud.

CELIA.

Quién? Mi ama? Nunca tiene ni un dolor de cabeza siquiera; parece formada de diferente materia que la nuestra; pero yo no creo en semejante preocupacion.

MARTIN.

Ahora que hablas de eso, dime—¿de qué somos hechos nosotros?

CELIA.

¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué pregunta tan boba! ¿De qué

somos hechos? ¿De qué vamos á serlo sino es de tierra como todo el género humano?

MARTIN.

Esos somos los plebeyos,
Mas los nobles, esos no;
Serán de oro, creo yo,
O asi lo pensarán ellos.

CELIA.

Calla tonto: no digas disparates. ¡De oro! ¡Vaya! Asi quisieran serlo algunos, y otros se lo imaginan; mas para que te dejes de ignorancia sobre esto, sabe desde ahora para siempre que Dios hizo á todos los hombres iguales, y á su semejanza.—No creas porque me ves criada que dejo de leer buenos libros que me instruyan.

MARTIN.

Dejemos esto y cuentame si tu ama consiente en que nos casemos.

CELIA.

Con mil amores, Martin,
Ella consiente gustosa:
¡Qué muger tan candorosa!
¡Si parece un serafin!

MARTIN.

Mi ama tambien se complace
En que me una contigo.

CELIA.

Yo sus bondades bendigo,
Pues tan dichosos nos hace.

MARTIN.

¿Y cuándo nos casamos? En tí consiste ahora

que sea pronto: sí, Celia, pronto, en este instante si puede ser.

CELIA.

De aqui á diez ó doce dias, te lo prometo, Martin.

MARTIN.

¡Qué plazo tan largo! Mas al fin, tu lo quieres, y dispuesto asi.... es preciso ceder.

CELIA.

Eres muy condescendente, por eso te quiero tanto.

MARTIN.

¡Picarilla! ¿Con qué me quieres mucho? ¿No es verdad?

CELIA.

Sí, muchísimo; pero siento pasos. ¿Quién será?

MARTIN.

El señorito tal vez. Celia vete, luego iré por allá.

CELIA.

Esta bien: no me engañes. Adios.

MARTIN.

¿No me das la mano? ¡Ingrata! Habias de ser muger para....

CELIA.

Cuidado con eso, porque los hombres son la canalla mas.....

MARTIN *con dulzura.*

¿Me das la mano?

CELIA.

Toma y no me olvides.—*(Le da la mano.)*

MARTIN.

No, Celia.—Adios.

CELIA.

Adios, Martin—*Vase.*

ESCENA IX.

MARTIN *solo.*

¡Qué escelente muchacha! ¡Tan humilde y tan sabichosa! Pero no me acordaba.... ¡Quién sabe si es el señorito!—*(Hace que va para la puerta que da á la quinta.)*

ESCENA X.

Martin y Federico que aparece triste.

MARTIN.

Ah! sois vos? ¡Cuánto va á ser el placer de la señora!

FEDERICO.

Martin, ¿disfruta de salud mi madre?

MARTIN.

No, señorito; porque siempre ha estado muy achacosa y pensando en vos; pero.... *(observandolo.)* ¿Qué teneis? ¡Estais tan triste! ¿Conque ahora que debiérais mostraros placentero por que vais á ver vuestra madre, despues de una ausencia de tres meses, os veo asi? Vamos, alegraos; por Dios os lo suplico. ¿Qué diria mi ama si os viera de este modo?

FEDERICO.

¡Martin! ¡Martin! ¡Tu no sabes los contínuos é innumerables martirios que agitan mi alma! ¡Tu no los sabes! ¡Dichoso, y mil veces dichoso quien no se

separa del sendero de la virtud.—Escucha, Martin; no le digas á nadie que he llegado. ¿Lo entiendes?

MARTIN.

Pero, señorito, ¿á qué ocultarlo, cuando todos ansian veros? ¡No sé que pensar en esto!

FEDERICO.

Te lo repito: quiero estar solo y descansar; retírate.

MARTIN *reteniéndose.*

¡No he visto cosa igual en mi vida!

FEDERICO.

¿Todavia estás ahí? No me impacientes, marcha.

MARTIN.

¡Ya me voy, señorito! ¡Ya me voy!—*Vase.*

ESCENA XI.

FEDERICO *muy abatido y sentado.*

Ha tres meses que á Paris
Marché triste, apresurado,
Para indagar el estado
De una muger infeliz
A la que hizo desgraciada
Mi conducta reprehensible;
Pero me ha sido imposible
El saber de la cuitada.
Dichoso el que no probó
El dolor de la maldad,
Porque jamas lo ligó
Este monstruo sin piedad.

Un crímen he cometido
Que perdon nunca merece,
Y solo ser maldecido
Es lo que el cielo me ofrece.

¿El cielo? Mas bien diré,
Mi alma impura, depravada;
Yo á una jóven desdichada
Por mi mal sacrifiqué.

¡Oh Carolina del alma!
Si vieras mi corazon,
El cual no goza la calma
Y sí desesperacion.

Te mostráras á mis ojos
Y tierna me perdonáras,
Y si luego tu me amáras
Te bendigera de hinojos.

¿Acaso yo en mi dolor
Merezco de tí esa gloria?
Ah! quizás de tu memoria
Me repeles con horror.

Oye á Federico, sí;
Míralo ya arrepentido:
¿Logrará ser bendecido?
¡No lo merezco de tí!

Confieso, soy criminal,
Pues causé tu desventura;
Mas me arrastró tu hermosura
Y tu acento angelical.

Me perdió mi juventud
Y tu mirar de centella;
Perdon, Carolina bella,

Dale á mi pecho quietud.
Virtud, fanal sobre-humano,
Que luz viertes por dó quier,
Y encaminas al humano
Por la senda del saber;
Inspírame, fiel amiga,
Lo que haré en esta ocasion,
Haz que por suerte consiga
De Carolina el perdon.
¿Dónde encontrarla podré,
Pues en vano he procurado
Saber donde ella se fué,
Despues que yo tan osado
Su infortunio le causé?
¡Incertidumbre cruel!
¡Remordimientos en vano!
¡Oh cuánto he sido tirano!
¡Cuánto me tentó Luzbel!
Jóvenes que estais oyendo
Lamentos de un criminal,
No busqueis dolor igual,
Ejemplo bien caro os vendo.
Mirad lo que fiel os digo,
Mirad, padeciendo estoy:
Contemplad en lo que soy
Del vicio el justo castigo.

(Se queda pensativo.)

ESCENA XII.

Federico, y Carolina sin verlo.

CAROLINA.

En la huesa quiero estar,
Esa es la dicha mayor;
Allí se acaba el dolor,
Allí fenece el pensar.
Que la muger en el suelo
A llorar tan solo vino
Y á maldecir su destino,
Nunca gozando consuelo.
Y en el sepulcro reposa
Sin que la asedien dolores,
Ni la importunen amores,
Pues que la cubre una fosa.

FEDERICO *viéndola.*

¿Quién esta jóven será
Que se lamenta atristada?
Tal vez alguna criada
Que con mi madre estará.
Lleguemonos hácia ella....
¡Mas no sé qué simpatia
Hoy agita el alma mia
Al acercarme á esta bella.

(Se acerca.)

CAROLINA *sorprendida.*

¡Cielos! ¡qué miro! ¡qué horror!
¿Dónde ocultarme podré?
Ay! líbreme el Salvador

Del que tan malvado fué,
Del que fué mi seductor.

(Quiere irse.)

FEDERICO *reconociéndola.*

¿Es posible qué te vea?
¡Y en qué parage, Dios mio!
¿Es ilusion, desvario
En que el alma se recrea?
Detente mi Carolina,
Te lo ruego por Maria,
Oye la disculpa mia
No vuelvas tu faz divina.
Carolina, ten piedad,
Yo la imploro por la cruz:
Sé refulgente la luz
Que alumbre mi oscuridad.

CAROLINA.

Dejame ir dó jamas
Te vuelva en mi angustia á ver,
Y no me importunes mas,
Que aunque infelice muger,
No infamada me verás.
Oye la voz del Eterno
Que vé tu alma depravada
Y te dice:—"En el infierno
Fijaré yo tu morada."
¡Cuál el contento será
De Lucifer al mirarte,
Y cuál horrendo el castigo
Que tiene de prepararte
Y que te arrojan allí,

Y mil tormentos te dan,
Y que te grita Satan:—
"Siempre morarás aquí."

FEDERICO *con tono suplicante.*

No me niegues el consuelo
De mi crímen reparar:
Hazlo por el sacro cielo,
No me hagas condenar—
Yo tu dicha solo anhelo.

CAROLINA.

¿Acaso se os ha olvidado
Lo que hicisteis sin piedad,
No mirando el triste estado
Dó me puso la horfandad?
¿Qué mis quejas desoyendo,
Y lágrimas, y virtud,
Ajasteis mi juventud,
Vuestras ideas siguiendo?

FEDERICO.

No mas baldon, jóven bella,
No te muestres tan tirana;
Sé por Jesus mas humana;
Por su amor el lábio sella.
Estás vengada algun tanto;
Siempre he llevado conmigo,
Por lo que hice contigo,
El delito y el espanto.
Ser tu fiel esposo juro
Ante Dios, en el altar,
No te [illegible]aré á faltar;
Jamas te seré perjuro.—*Se postra.*

¡Perdon! ¡Celestial muger!
¡Perdon! otra vez te pido....
Mírame á tus pies rendido....
¿Quiéres verme perecer?

CAROLINA.

De hierro mi pecho no es,
Que en un tiempo la virtud
En él moraba, á la vez
Que en el vuestro ingratitud:
Alzad de mis plantas pues.

FEDERICO *con entusiasmo.*

Tu eres digna del amor
De los ángeles, muger;
Tu debieras ascender
Hasta el trono del Señor.
Pues que tu alma es bella, pura
Como quien te la inspiró,
Como de vida el rocío
Que el Calvario fecundó.
Ya lo he dicho, Carolina,
Y otra vez te lo repito;
Que seré tu amante esposo,—
Repararé mi delito.
Estoy cierto que mi madre
Gustosa consentirá.

CAROLINA.

¿Qué yo vuestra esposa sea
Vuestra madre lo querrá,
Siendo una huérfana oscura...

FEDERICO.

Sí, la virtud, la inocencia

Es lo que solo ambiciona,—
Ella no hará resistencia.

CAROLINA.

Asi lo permita Dios,
Pues si tal no sucediera
Por nuestro hijo lo sintiera:—
¡Oh qué pena tan atroz
Entonces la mia fuera!

FEDERICO.

¿Mi hijo has dicho, Carolina?
¡Qué cruel y bárbaro he sido
En haberte abandonado!
Ser merezco aborrecido.
¡El hijo del alma mia!
Dime muger ¿dónde está?
Quiero en mi seno estrecharlo
Para no dejarlo ya.

CAROLINA.

Feliz descansa en la cuna;
Federico, le verás.

FEDERICO.

Oh! cuánto verlo deseo!
El mi angustia endulzará.

CAROLINA.

Mas vuestra madre ¿quién es?
No me atrevo á adivinar....

FEDERICO.

Es la señora de Olfar.

CAROLINA.

Mi bien-hechora á la vez....
¿Es posible ¡santo cielo!

Que su madre sea madama?
¡La que me brindó el consuelo!
¡La amiga que tanto me ama!

FEDERICO.

Esplícame por la Vírgen
Como en este sitio estás.

CAROLINA.

Sentémonos, Federico:
Despues, de mí lo sabrás.

(Se sientan.)

ESCENA XIII.

Carolina, Federico y Madama de Olfar.

MADAMA *sin verlos.*

¿Por qué mi hijo no viene
A ver su madre afligida?
¿Quiére arrancarme la vida?
¿Quién sin piedad lo detiene?

FEDERICO *viéndola y levantándose.*

¡Madre mia! al fin os veo?
Dadme vuestra bendicion.

MADAMA.

Cumplido está mi deseo,
¡Ven hijo á mi corazon!—*(Se abrazan.)*

CAROLINA *alzada.*

¡Bien-hechora! Federico!

MADAMA.

¿La conoces, hijo mio?

FEDERICO.

Ah! madre si vos supierais...

Oh! qué loco desvario.—*Aparte.*

MADAMA.

No me tengas mas suspensa:
¿Qué tus palabras me dicen?

CAROLINA.

Ah! señora perdonadlo.

MADAMA.

Yo no sé que me predicen.—*Aparte.*

FEDERICO *señalando á Carolina.*

Esta que veis ¡oh señora!
Por compañera yo elijo,
De vuestra virtud exijo
Que nos bendigais ahora.
Madre, la debo el honor:
Yo su inocencia violé.

MADAMA.

¿Luego, Carolina, fué
Este tu vil seductor?
¡Cuán desventurada fuí
En abrigar en mi seno
Al que me brinda el veneno!
¡Oh miserable de mí!
(Llora.)

FEDERICO.

No lloreis, no; por piedad
Perdonadme, tierna madre:
Por los manes de mi padre
Vuestro hijo perdonad.

MADAMA.

Huye, infeliz, de mi vista
Donde no te vuelva á ver.

CAROLINA.

Mi bien-hechora del alma,
¿Quéreis verlo padecer?
Os ruego le perdoneis;
El arrepentido está
Del ultrage que me hizo;
El virtuoso será.

MADAMA.

¿Al qué hollára la virtud
Quéreis que perdone yo?
¿Y en su tierna juventud
Un tan mal ejemplo dió
A la sociedad? Ah! no.

CAROLINA.

A vuestras plantas, señora,
(Se postra.)
Estoy para conseguir
El perdon de Federico.

FEDERICO.

Madre, no me hagais morir.
(Se postra.)

MADAMA.

Alzaos y sed dichosos:
Hijo, perdonado estás:
Me complazco que serás
El mejor de los esposos.
(Los dos se alzan.)

CAROLINA.

¡Oh madre del corazon,
Pues asi debo llamaros
Hasta la tumba he de amaros

Con la mas filial pasion.

FEDERICO.

Hoy la existencia nos dais
Con vuestro tierno perdon;
Dais paz á mi corazon,
Y nuestras glorias formais.

MADAMA.

Ved triunfante á la virtud
Y reparado el delito:
¡Reflexiona juventud,
Lo que puede el Infinito!

FEDERICO.

La pureza yo manché
De la muger mas hermosa;
Mas al fin ella es mi esposa,
Y por siempre la amaré.

CAROLINA.

¡Oh tu muger desgraciada!
Al vicio jamas te lances,
Aunque seas precipitada,
Que pueda ser que tu alcances
UNA DICHA INESPERADA.

FIN.



